Una pareja predestinada.

Un secreto que podría cambiar el mundo.

Una elección imposible.

UNA ALQUIMIA PROHIBIDA

STACEY McEWAN

GRANTRAVESÍA

UNA ALQUIMIA PROHIBIDA

UNA ALQUIMIA PROHIBIDA

STACEY McEWAN

LA TRILOGÍA DEL IDIUM
LIBRO I

Traducción de
Celia Martínez Duro

GRANTRAVESÍA

Una alquimia prohibida

Título original: *A Forbidden Alchemy*
© 2025, Stacey McEwan

Publicado en acuerdo con el editor original, Saga Press, un sello de Simon & Schuster, LLC.

Traducción: Celia Martínez Duro

Diseño de portada: Ella Laytham
Ilustraciones de portada, mapa y cantos: Alyssa Winans
Símbolo de portada: Seamartini / iStock

D.R. © 2026, Editorial Océano, S.L.U.
C/ Calabria 168-174 – Escalera B – Entlo. 2ª
08015 Barcelona, España
www.oceano.com

D.R. © 2026, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.
Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas
Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México

Primera edición: 2026

ISBN: 979-13-990608-4-3 (Océano España)
ISBN: 978-607-584-180-9 (Océano México)
Depósito legal: B 22564-2025

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. El autor y la editorial no se responsabilizan del uso indebido de su contenido. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) o a CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los derechos de autor, www.cempro.org.mx) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

impreso en españa / *PRINTED IN SPAIN*

9005996010226

A mis hijos, Zoe y Dean.
Elegiréis vuestra propia magia.

Prólogo

NINA

Me pusieron el nombre de un canario muerto.

Mi nacimiento coincidió con el derrumbamiento de una mina cercana, el más catastrófico jamás producido en el continente de la fosa de Belavere. Los ciento cuatro hombres que estaban en los túneles aquel día fueron enterrados vivos, con la excepción de uno, mi padre, que emergió milagrosamente del polvo con un canario asfixiado en la mano.

A mi padre le gustaba contar la historia cada vez que el *whisky* lo persuadía, lo que ocurría a menudo.

—¡Oí cómo el maldito pájaro se cayó de su palo! ¡Lo juro! Siempre estaba chillando, ¿sabes? Nunca paraba, joder. La llamamos Caranina por la cantante, ¿la conoces? En cuanto se quedó callada supe que algo no iba bien. Al instante, toda la jodida mina empezó a derrumbarse bajo mis pies. Casi no vi la luz. —Entonces Fletcher Harrow me señalaba—. ¡Y cuando llegué a casa vi que mi niña había nacido! Era el destino, ¿sabes? ¡Dios mató a ese canario para que pudiera ver a Nina con mis propios ojos!

Sonreía durante un segundo al recordar a mi yo recién nacido, y después recordaba a los ciento tres hombres enterrados y se ponía serio. La seriedad daba paso a la rabia. Y la rabia significaba *whisky*.

—Malditas minas —murmuraba. Luego añadía—: Esos estúpidos *fanfarrones* con sus túnicas elegantes. —Y como si aquellas palabras fueran inflamables, los demás obreros, fueran cuales fueran sus oficios, se encendían.

Al unísono, sostenían sus copas y maldecían su mala suerte. Primero culpaban al líder de la Casa, después a todos los lores y, por último, a todos los artesanos por las vidas afortunadas que tenían.

Sólo había dos tipos de personas en el mundo, y lo aprendí antes de saber hablar. Había personas como mi padre, que trabajaban con honradez; los obreros, que recibían un salario demasiado bajo por sus largas jornadas en las minas, las fábricas y las granjas. Y después estaban los artesanos: los afortunados. Los fanfarrones de la alta sociedad y su magia.

—¿Quién dice que tienen más que ofrecer que nosotros, eh? —Esto lo preguntaba otro borracho—. Sentados en sus casas refinadas con sus mayordomos y todo eso.

—Las rameras de Dios —decía otra persona—. Si Idia se me apareciera, le estrangularía ese cuello sagrado.

Pero lo más probable era que Idia, la hija sagrada, estuviera riéndose desde lo alto. Los artesanos estaban en la ciudad de Belavere, a kilómetros y kilómetros de allí. Y la suerte de aquellos hombres nunca cambiaría. Su destino había sido decidido en la infancia, cuando los subieron a un tren en dirección a la ciudad elegante, le rezaron a Idia y se bebieron una solución que determinaba si la magia moraba en su interior, o si eran más útiles en los confines del continente, sudando, gimiendo y, en ocasiones, acabando enterrados en vida.

Al cabo de un rato, alguien pronunciaba palabras demasiado desagradables o tiraba una copa, y la policía se lo llevaba y lo metía una noche o dos en el calabozo, pero ése era el límite de su rebeldía. Allí sólo podían enfrentarse los unos a los otros.

Y, además, ¿quién iba a levantarle la mano a los artesanos, cuya sangre estaba impregnada de magia? Sin duda, no aquel grupo lamentable.

Sentada en el taburete, sonreí al imaginarme a aquellos tipos abotargados avanzando a trompicones hacia un artesano de túnica azul de Belavere. No tendrían ni la más remota posibilidad de ganar.

—Nina —dijo mi padre, que acababa de acordarse de que estaba allí—. Vete ya a casa. Dile a tu madre que caliente algo para cenar. No tardaré en llegar.

Mi madre no estaría en casa. Llevaba varios años sin estar allí. Pero el *whisky* creaba un tipo de magia distinta. No podía hacer otra cosa que asentir.

Recorrí todo el camino de regreso corriendo descalza por los caminos de tierra y sorteando desagües malolientes y polvo de carbón derramado. No me detuve hasta que estuve a salvo tras la puerta de nuestra casa de dos habitaciones. Entonces exhalé el hedor de Scurry y llevé las manos temblorosas al rincón del escriba.

El rincón del escriba solía consistir en un escritorio con pilas de pergaminos a la espera de ser escritos. Los artesanos escribas eran la fuente de toda la correspondencia en la fosa de Belavere. Un continente con magia artesana no necesitaba barcos, trenes o pájaros para enviar mensajes, al menos no cuando los escribas podían llenar de tinta una página a muchos kilómetros de distancia utilizando únicamente su mente.

Había un sonido especial que se asociaba al mensaje de un escriba. El pergamino del rincón del escriba se arrugaba ligeramente seguido de un rasguño suave, y a mí se me encogía el estómago. ¿Quién había enviado una carta? ¿Qué noticias traería la tinta?

«Mamá», pensaba. *«Esta vez serán de mamá».*

Nunca lo eran.

Nuestro rincón del escriba no era realmente un rincón, sino el espacio entre el calentador y la mesa. Y no era un escritorio, sino

una vieja tabla de cortar colocada sobre un taburete. La pila de pergamino preparado se enroscaba en las esquinas.

Llevaba todo el día deseando sentarme allí, y no porque esperara una carta de mi madre. Ahora era más mayor. Llevaba mucho tiempo sin llorar por ella. No. Aquella noche esperaba una carta mucho más importante.

Me imaginé a todos los niños de doce años sentados igual que yo, cerca de un pergamino, a la espera de que un escriba sentado a cientos de kilómetros de allí enrollara los mensajes con sus nombres y direcciones en orden. Una y otra vez, me convencí a mí misma de que el pergamino se movía y de que una manchita de tinta empezaba a aparecer, pero pasaron las horas y el pergamino siguió tercamente en blanco.

A medianoche, un reloj de torre repicó para alertar de la hora, y mi padre cruzó la puerta tambaleándose y cayó de bruces sobre su catre. Sin tinta. Sin letra cursiva.

Pero me quedé junto al calentador con una manta sobre los hombros y los párpados caídos. Y bien temprano, los primeros crujidos atravesaron la cavidad de mi pecho.

El pergamino crujió, cobró vida.

Me levanté del taburete de un salto.

Las palabras aparecieron de la nada.

POR ORDEN DEL CONSEJO NACIONAL
DE LA FOSA DE BELAVERE

A la atención de la señorita Nina Harrow
residente en
Calle Zapatero y Ropavejero, 348, hilera 5, Scurry.

Todos los niños nacidos doce años antes de la fecha actual, el 23 de septiembre de 1892, deberán responder a esta citación acudiendo a la ciudad de Belavere y a la Casa Nacional de los Artesanos para

representar la quingentésima trigésima quinta Ceremonia de la Extracción, tal y como se indica en los artículos 2, 3, 6 y 18 de la Constitución Nacional de la Fosa de Belavere, recopilados a continuación.

Larga vida a Belavere.

2. Cuantía de idium
Para incitar la proliferación de la magia, los niños varones están obligados a consumir treinta mililitros de idium diluido una vez cumplidos los doce años. Los subsiguientes efectos compondrán el estatus legal de las habilidades mágicas del individuo, de modo que será designado como artesano u obrero de forma irrevocable.
3. Límite de idium
Los ciudadanos señalados oficialmente como artesanos tienen derecho a recibir una cuota de treinta mililitros de idium diluido dos veces al año.
6. Educación
Todos los niños pueden tener acceso al plan de estudios aprobado. Quienes sean considerados artesanos acudirán a la Escuela Nacional de Artesanos. Quienes sean considerados obreros deberán buscar su educación según la voluntad de sus tutores legales.
18. Como fue designado en el cuadringentésimo sexagésimo noveno año de la extracción, las niñas están obligadas a consumir treinta mililitros de idium diluido una vez cumplidos los doce años. Los subsiguientes efectos compondrán el estatus legal de las habilidades mágicas de la individua.

CAPÍTULO 1

NINA

Me subí a un tren a finales de septiembre.

Las chimeneas dejaban nubes a nuestro paso y manchaban las ventanas de los vagones. Me pregunté si el humo no nos había seguido desde casa. Presioné la nariz contra el cristal y divisé el contorno de Scurry a lo lejos. Entonces saludé al pueblo con el dedo corazón y le di la espalda para siempre.

El vagón iba a rebosar de niños: todos con doce años, calcetines deshilachados, hollín en las pestañas y, como imaginé, sensiblerías en la cabeza. Las carabinas de rostros impermeables y vestidas con faldas de lana largas recorrían por inercia el pasillo con pasos torpes. Una se inclinó sobre el asiento y me alisó el cuello con ribetes de encaje de la blusa sin mirarme a los ojos.

Gritaban, sin efecto alguno, a quienes se subían a los asientos, a los chicos que osaban quitarse los gorros y a las chicas cuyos vestidos se arrugaban por encima de la rodilla. «¡Siéntate bien! ¡Límpiate la nariz! ¡Bájate las mangas!». Los ruegos pasaron desapercibidos. Los niños de Scurry discutían y berreaban. Estábamos henchidos y desbordantes de aventura. Nos aguardaba algo nuevo. Algo grande, aterrador y embriagadoramente posible.

Posible.

Me aferré a esa palabra. No me dejé llevar por el mismo entusiasmo feroz que los demás. Permanecí sentada y en silencio. Agarré un montón de pergaminos mal encuadernados y con las páginas llenas de bocetos de perfiles y anatomía de plantas. Mantuve la mirada al frente y vi las posibilidades que mi cerebro evocó. Me mostró imágenes de paredes de mármol blanco y lienzos sin pintar. De blusas blancas y almidonadas y delantales con muchas manchas, teñidos con años de pinturas, arcilla y carboncillo. Un paisaje de tejados interminables se extendió en mi mente, un paisaje en el que las torres y los campanarios de las iglesias se alzaban lo suficientemente altos como para que nadie pudiera ver el extremo del continente desde allí arriba.

Las imágenes no tardaron en transformarse en sueños. El caos del tren crecía y disminuía. La caldera resoplaba. El suelo traqueteaba con las sacudidas de las bielas. Nos llevaban cada vez más lejos de lo que habíamos conocido.

Viajé hasta la capital de los artesanos sin pensar ni una vez en mi hogar. Tan sólo eran sueños de sangre carmesí brillante que se convirtió en azul oscuro.

CAPÍTULO 2
PATRICK

Más al norte, un tren diferente se detuvo en la colina de Kenton con un silbido asmático.

Un chico llamado Patrick Colson se subió conteniendo el aliento y limpiándose el sudor de las manos en los asientos. Se despidió de sus hermanos y de su madre con un gesto, y prometió en silencio que volvería al día siguiente.

El tren arrancó con una sacudida, y el chico suspiró, apoyó la espalda en el banco de madera y maldijo para sus adentros al tiempo que se clavaba las uñas en los muslos hasta hacerse daño.

Observó cómo su casa se alejaba por la ventanilla y sintió la distancia como una amputación lenta. Un estallido de terror que había emergido durante el desayuno lo desbordó por completo.

Más allá del repiqueteo de las vías, oyó el silbido de despedida del tren, que sonó como la señal que indicaba el cambio de turno en las minas. Su padre y su hermano mayor siempre trabajaban en el segundo turno y nunca en el primero. Patrick se uniría a ellos cuando regresara a la colina de Kenton al día siguiente.

Sin ninguna duda, tenía sangre de minero, sangre negra por el hollín, como la de su padre y la de todos los padres que le precedieron. Y, por tanto, aquel viaje no tenía sentido alguno para

Patrick. No necesitaba que los artesanos de la capital le dijeran cuál sería su suerte. Lo que necesitaba, y con mucha urgencia, era regresar con su madre, que le esperaba en los ventanales de un edificio de ladrillos negros. Necesitaba estar dentro de aquellas paredes cerradas y debajo de sus techos bajos. De nuevo en las colinas de hierba amarilla. En los molinos, los canales y los enormes agujeros en la tierra que engullían a los hombres para escupirlos de nuevo a la superficie. Necesitaba esperar al silbido de la mañana, cuando el turno de noche terminaba, para asegurarse de que su padre y su hermano fueran escupidos con los demás. Necesitaba estar allí si (que Dios se apiadara de él) ninguno regresaba.

En ese momento, el silbato de los trabajadores sonaba en todo el continente, en docenas de ciudades diferentes, mientras docenas de trenes diferentes se estremecían sobre las vías en dirección a la capital del país.

Al igual que Nina, de Scurry, Patrick ignoró el frenesí de los niños. Pero el chico de Kenton no durmió. Se frotó la nariz con sutileza para secarse las lágrimas antes de que le llegaran al labio. Enfadado, contuvo el malestar de su estómago, levantó el mentón y miró fijamente al frente. Retó a los malditos artesanos a intentar llevarlo a su estúpida escuela.

Ya tenían el mundo en sus manos.

No podrían tenerlo a él.

CAPÍTULO 3

NINA

Como si fuéramos un rebaño, las carabinas nos condujeron a pie hasta el corazón de la fosa de Belavere. Y, de pronto, fui brutalmente consciente de que yo era una mota en un mapa en constante expansión.

Scurry siempre había parecido estar medio derruido. Incluso de pequeña, cuando se suponía que el mundo estaba hecho de gigantes, nunca había sido lo bastante grande para mí. Mi madre solía decir que mi mente era grande, lo que hacía que el exterior se quedara pequeño. «Las chicas como nosotras», decía, «estamos hechas para lugares más grandes, ¿me has oído?».

La había oído.

Lo había oído todo.

También oí lo que no decía. Oí el golpe de la puerta al cerrarse cuando se marchó. Oí a mi padre llorar por la noche. Oí a todos los vecinos y sus especulaciones maliciosas sobre a dónde habría huido.

Pensaba que estaría en un lugar como éste, en algún sitio grande. De lo contrario, estaría en el infierno, y no me apetecía visitarla en ninguno de esos lugares.

La ciudad de Belavere, un lugar para soñadores y pioneros. Para artistas. Para la creación. Esta ciudad era *la* sede de la crea-

ción, el verdadero centro de todo, y ahora me encontraba en su corazón.

Había robado el ejemplar de *Antología de Belavere* de mi tío y me había estudiado todos los muros, los frescos, los planos y los diagramas. Había molestado a mi padre con preguntas incesantes porque tenía el impulso de hacerlas. «¿Quién hace los calentadores? ¿Los artesanos o los obreros? ¿Y las poleas de eje? ¿Las cintas transportadoras? Seguro que los artesanos inventaron las cintas transportadoras». Parecía que todo lo que tenía valor, todo lo que valía algo, se concebía allí.

Los pueblos de los confines no eran más que las arterias obstruidas que conducían al corazón.

Nunca había visto edificios tan altos, tan apiñados. Sus tejados de tejas rojas y las fachadas blanquecinas combinaban a la perfección con los de las construcciones contiguas. Las entradas estaban enmarcadas por arcos, huecos y escalones empinados que conducían a unos descansillos alicatados. Delante de mí, una chica señaló y exclamó al ver el tejado redondeado en la lejanía y su elegante piedra esculpida y decorada con oro. Un hombre se alzaba peligrosamente sobre él y, delante, la filigrana dorada se transformaba y cambiaba para crear nuevos diseños.

Las enredaderas en flor caían por las ventanas y los balcones. Las palomas pechugonas se acicalaban sobre los canalones. Las carretillas de carbón avanzaban lentamente sin que nadie las empujara. Las mujeres llevaban faldas con cancanes anchos, y los hombres vestían corbatas y abrigos largos. Levantaban la vista y sonreían con complicidad cuando los jóvenes pasábamos a su lado. Los niños más pequeños tiraban de las manos de sus madres y señalaban, lamentando la larga espera que les aguardaba hasta que ellos también alcanzaran la mayoría de edad. Un hombre sopló en su puño cerrado, y una luz apareció. Brotó en las rendijas entre sus dedos. Cuando abrió la mano, la luz salió flotando de la

palma como una decena de palomas liberadas, y quedó atrapada por las farolas que se extendían por la calle.

—Encantador de fuego —susurramos.

Aquí, el agua limpia fluía por las calles en zanjas diminutas no más anchas que un cubo. Los residentes tan sólo necesitaban salir de las puertas de sus casas para acceder a ella. Me pregunté cuántos encantadores de agua se necesitarían para mover tanta agua por toda la ciudad.

También había obreros, y era fácil distinguirlos, pues sus carretillas y carros no se movían a menos que los empujaran. La ropa que llevaban no era nada elegante y sus frentes ya estaban cubiertas de gotas de sudor. Supuse que incluso una ciudad que progresaba gracias a las mentes de los artesanos más brillantes seguía requiriendo el trabajo manual, y los obreros tenían un don del que los artesanos carecían: vigor, fuerza y resistencia superiores.

Mientras caminábamos sin parar, yo miraba a todas partes en busca de los pequeños detalles. Todos los libros, los bocetos y los testimonios sobre Belavere que había engullido salían ahora de mis entrañas y cobraban vida en réplicas perfectas. Todo resplandecía. No había contraventanas inestables ni charcos en los callejones. La precisión de todo y la limpieza eran dolorosamente preciosas.

La Cámara Nacional de los Artesanos se alzaba frente a nosotros. Las columnas de mármol me recordaban a unas ruinas antiguas. Por lo que había leído, sabía que el escultor se había inspirado en ellas para realizar la fachada del edificio.

La multitud de niños pasó, formando una fila de uno, por los estrechos caminos adoquinados y florecían de nuevo en un patio amplio detrás del edificio. Allí nada era tan opulento, y no pude evitar fruncir el ceño. Las paredes de piedra tenían manchas de cal y el suelo no estaba enladrillado o adoquinado, sino compactado con tierra. Las paredes altas que rodeaban el perímetro no estaban

flanqueadas por los mismos setos cuidadosamente podados de la parte delantera del edificio.

Pero el aire olía a un millón de cosas conocidas y desconocidas: café, queroseno, hojaldre, tabaco y excrementos de caballo. Oí campanas y carretillas y voces y más voces —los engranajes de una ciudad que giraban a la perfección—, y recuperé la emoción.

Posibilidad. Los sonidos, los olores y el brillo de todo aquello.

Era posible, pese a lo que creyera mi padre, que me convirtiera en estudiante de la Escuela de los Artesanos. ¿Acaso no decían los profesores de Scurry que tenía una aptitud extraordinaria para el arte? «Una aptitud natural», había dicho uno.

Si no conseguía estudiar en la Escuela de los Artesanos, entonces encontraría el modo de vivir entre aquellos edificios apiñados y las carreteras serpenteantes. Si no podía producir magia, entonces me aseguraría de estar rodeada de ella. Seguía prefiriéndolo a estar en Scurry.

No iba a subirme a otro tren.

Unos hombros chocaron con los míos. El reguero de niños seguía derramándose en el patio, hasta que nos vimos empujados hacia los extremos. Cuando parecía que era imposible que cupiera un solo cuerpo más en la plaza, otra oleada de participantes llegó, apremiados por los avisos de las carabinas.

Permanecimos apretujados como el ganado en un matadero, moviéndonos por los nervios. El olor de tantos cuerpos no tardó en resultar insoportable.

Al fin, alguien con solapas azul marino salió de la Cámara Nacional de los Artesanos y subió los peldaños. Sostenía un micrófono de latón brillante frente a la boca. Éste chirrió cuando presionó el botón receptor, y el mar de niños de doce años guardó silencio.

—Buenos días —dijo el hombre. Tenía los dientes pequeños y los labios finos, una nariz protuberante, carrillos grandes y el pelo

ralo pegado a la frente. Había carteles de aquel hombre en todas las tabernas de Scurry. Los mineros del primer turno le lanzaban dardos por la noche.

—Bienvenidos a la Cámara Nacional de los Artesanos, niños —dijo lord Tanner, el líder de la Cámara. Hubo ciertos aplausos incómodos. Otra de mis imágenes que se hacía realidad.

El mismísimo lord Tanner. Sonreí. ¡Qué vista tan increíble! Y qué invento tan extraordinario que podía proyectar la voz de una persona a tanta distancia.

No era la única asombrada. Sin querer, una niña me tiró de la manga y se puso de puntillas para verlo mejor, y otra se tapó la boca con las manos. Pero había otros no tan impactados. Un chico de rostro hosco detrás de mi hombro derecho escupió en el suelo, justo entre sus pies.

Yo, sin embargo, sabía más que él sobre el líder que gobernaba la fosa de Belavere. Había estudiado su obra. Lord Tanner había creado las estatuas de mármol repartidas por la ciudad que representaban a ángeles llorosos y santos agonizantes. Había esculpido un puente de granito que se extendía noventa metros sobre el río Gyser. Había creado todas aquellas cosas sólo con su mente. Era un constructor de piedra de la categoría más alta, y verlo me puso la piel de gallina.

—Me siento inmensamente orgulloso de esta nación y de su gente al ver a tantos de vosotros. Personas de distintas clases sociales que se reúnen para celebrar la unidad, la prosperidad y... —Pero fue imposible oír qué íbamos a celebrar. A mi espalda, una voz se rio con sorna y después murmuró: «Vete a la mierda».

Era el chico del escupitajo. Pues claro que había sido él. Un chico con el pelo castaño sucio y una camisa extremadamente limpia y que se encontraba demasiado cerca para mi gusto. Sonreía como si no lo hubiera dicho en serio, se erguía como si quisiera salir corriendo y observaba al hombre del micrófono como

si, dada la oportunidad, fuera a arrancarle los dientes diminutos de la boca. El chico sacudió la cabeza, apoyó su peso en la pierna izquierda y me miró fijamente.

El color de sus ojos me sorprendió. Azul pálido. Cristalino. Todo lo contrario al resto de características: las uñas agrietadas, los pantalones arrugados y la suela de los zapatos algo pelada en la puntera. Un bronceado le rodeaba la base del cuello, y la camisa de botones almidonada que llevaba hacía que no parara de moverse. Se ajustó el cuello y las mangas como si hubiera acabado con la ropa de otra persona por error. Estaba demasiado delgado para su estatura. El cinturón le daba dos vueltas alrededor del pantalón.

Arrugué la nariz, gesticulé la palabra «cerdo» y me giré de nuevo hacia lord Tanner. Gracias a Dios.

—... y el Todopoderoso nos envió su mayor creación, a su hija, que no era una deidad ni una diosa, sino una humana que caminó por la tierra como uno de nosotros.

«Idia», pensé, y observé, ojiplática, el libro que sostenía lord Tanner: el Libro de Belavere. Lo leía con la voz que usaban los adultos cuando creían que decían algo de suma importancia. Enderecé los hombros, decidida a recordar cada palabra.

—El Señor habló a través de Idia y nos dijo que esta tierra era un lugar sagrado. Nos invitó a protegerla y, cuando otros vinieron a mancillar la tierra sagrada, Idia guio a nuestros ejércitos, y sangró con nosotros... Y su sangre fue tinta. —Entonces Tanner alzó una piedra que reconocía.

Podría haberse tratado de un trozo de carbón, de no haber sido por el sol que iluminaba su interior y la llenaba por completo de luz, revelando su verdadero color. Azul como la parte más profunda del océano, como la noche que cae lentamente.

—Terranium —afirmó Tanner—. El mineral más importante que nos concede nuestra tierra. Pues sólo en esta piedra concreta

encontramos la sangre cristalizada de Idia, extraída de la tierra y otorgada a su pueblo, incluso miles de años después de que ella regresara con Dios.

Los murmullos crecieron. Me moví, inquieta.

—Mejoramos por medio del idium. Nos convertimos en las personas que Dios pretende que seamos. Por medio de las enseñanzas de Idia, sabemos que la creación nace del cuerpo y de la mente. Obrero y creador. Ambos son igualmente esenciales para que el mundo gire, pues ¿quién moverá el eje de la Tierra cuando se conciba la idea? —Entonces Tanner levantó la mano libre.

El asombro acalló a la multitud. Los niños permanecieron quietos, callados y respetuosos, porque ¿quién podía negar el milagro que se había producido ante ellos? Miré boquiabierta la mano vacía de lord Tanner, y la forma en la que sus dedos estaban flexionados y relajados. Sobre ellos flotaba una esfera pequeña y perfecta de piedra de granito, que giraba en el aire por voluntad de Tanner.

Igual que nosotros, éste observaba atentamente la piedra que empezó a cambiar de forma. Se desprendieron unos trozos, que acabaron pulverizados a sus pies. Oí los crujidos ínfimos cuando una fuerza invisible esculpió algo nuevo con ella. Se transformó en la maqueta de una iglesia, después en un martillo y un reloj de torre. Cuando lo necesitaba, los fragmentos tirados a los pies de Tanner volvían a alzarse para unirse a la escultura, y la piedra no tardó en arrugarse internamente para transformarse de nuevo en un planeta solitario, liso e inmaculado que rotaba en la mano de su sol.

Nunca había visto algo tan hermoso.

Entre exclamaciones, Tanner sustituyó la piedra por un vial de líquido oscuro. Idium. La supuesta sangre de Idia, extraída de la piedra.

—Hoy, niños, tenéis el gran privilegio de descubrir cuáles son los planes de Dios para vosotros: el ejercicio de la mente o el de las

extremidades. Cuando vuestro torrente sanguíneo reciba hoy a Idia, os convertiréis en una parte importante del cuerpo de Belavere, y empezaréis a ayudar en sus muchas funciones necesarias. —Sus dientes diminutos formaron una sonrisa—. Así que, de nuevo, os doy la bienvenida a todos. Hoy habéis llegado al umbral de la adultez, y os marcharéis sabiendo cuál es vuestro propósito.

Hubo un breve aplauso, iniciado por mí. Me inquietaba la anticipación nerviosa de aquel vial resplandeciente de sangre oscura, la sustancia valiosa que estábamos a punto de consumir.

Lord Tanner se apartó del micrófono con el gesto de un político y desapareció en el interior del edificio, y el gentío estalló en un parloteo violento y frenético.

No me uní a la conversación. Tenía grabado en la mente el trozo de granito que se transformaba en ideas, una y otra vez, y no pude evitar sonreír.

Alcé la vista al cielo, hasta la planta más alta de la Cámara, donde estaría el despacho de Tanner. Apostaría que era del tamaño de toda mi casa en Scurry. Más grande incluso. Llena de pinturas al óleo, esculturas, bustos y muebles con detalles tallados de los materiales más delicados, y anhelaba estar en la presencia de todo ello.

¿Sería así la Escuela de los Artesanos? ¿Solemne, brillante e imponente?

Las puertas dobles que conducían al patio volvieron a abrirse y una mujer de cabello oscuro con rasgos angostos y zapatos de tacón se acercó al micrófono, donde dijo:

—Los residentes de la ciudad y la bahía de Belavere serán los primeros en ponerse en fila para la extracción. Cinco filas junto a la puerta, por favor. Sin discusiones. —Y eso fue todo.

Mientras los niños de doce años a los que había convocado avanzaban para formar filas frente a las puertas dobles, el resto permanecimos detrás. Algunos se movieron para encontrar a sus amigos. Algunos intentaron buscar un sitio donde sentarse a es-

perar. Yo, sin embargo, estaba demasiado llena de absolución para sentarme. Demasiado evangelizada para charlar. Me limité a quedarme allí, sonriendo por dentro y por fuera, rebosante de la misma luz que había impregnado el trozo de idium.

Y de pronto tuve la certeza, aunque no podía explicar por qué, de que ese día me nombrarían artesana.

Una persona destinada al ejercicio de la mente, ésa era yo.

En el interior de la cintura de la falda llevaba el pergamino que había guardado, pero en Scurry estaba la pila que había descartado, plagada de bocetos y paisajes y flores secas y todos mis pensamientos plasmados en dibujos. Siempre había tenido una «aptitud natural». Nací para estar en lugares más grandes, destinada a estar rodeada por la creación hilada en el telar de la mente.

Dejé de sonreír.

—Tienes un alfiler pegado en el culo —dijo una voz.

Cuando me giré, vi al chico del escupitajo con el ceño fruncido y los brazos cruzados mirándome la cinturilla de la falda. Apenas se encogió de hombros al ver mi evidente expresión de asco.

—Pensaba que deberías saberlo.

Me ajusté el alfiler en la zona lumbar y lo clavé con firmeza en los pliegues de la falda.

—Mira a otra parte —espeté.

Él frunció el ceño.

—Creo que, si en un futuro cercano fuera a sentarme sobre un alfiler, me gustaría que alguien me lo dijera.

—No iba a sentarme sobre él —murmuré con la esperanza de que no siguiera hablando.

En vez de ello, el chico se metió las manos en los bolsillos. Alzó las cejas descoloridas por el sol.

—¿Cómo te llamas?

No respondí. No quería que el chico del escupitajo me conociera, pero el cerdo insistió.

—Yo Patrick Colson. Patty si lo prefieres.

Seguí fulminándole con la mirada.

—Soy de la colina Kenton. —continuó—. Creo que también voy a volver allí. Y tú, ¿de dónde eres?

—De Scurry —respondí. Brotó de mis labios sin mi permiso. Cerré la boca con fuerza.

Patrick asintió con complicidad.

—Junto al río.

Dudé, y después asentí. Me sorprendió, quizá por la idea de que alguien que no fuera de Scurry supiera de su existencia, quizá porque aquel chico supiera algo.

—Pues te llamaré «chica de Scurry» —dijo adoptando de pronto una expresión seria—. ¿Por qué tienes un alfiler en el culo, chica de Scurry?

Arrugué la nariz.

—No me llames así.

—Tengo que llamarte de alguna forma. No sé cuál es tu nombre.

—Nina. —Suspiré, molesta—. Y el alfiler es para que la falda no se me caiga hasta los tobillos.

Él soltó un silbido discreto.

—Eso estropearía la velada, ¿no?

Puse los ojos en blanco y me giré de nuevo para mirar a cualquier otro sitio, un sitio al que escapar.

—A mí, por otro lado, me *encantaría* ver cómo se estropea toda esta ceremonia de mierda. —Lo dijo con una voz hecha de cuchillas.

No pude evitar girarme y mirarlo de nuevo para ver cómo la dulzura de sus rasgos se endurecía.

—Ya me he dado cuenta —comenté—. Escupes como un minero.

—Ah —respondió, y le brillaron los ojos como si hubiera revelado algo importante—. Entonces, ¿tu padre también es minero?

—Y está igual de amargado.

—No hay muchos motivos para estar contento cuando te pasas todo el día metido en un agujero.

—Entonces debería alegrarte estar aquí, ¿no? Puede que tu destino sea tener un trabajo diferente.

No estoy segura de por qué me molesté en discutir. La mujer del micrófono les pidió a los niños de Brimshire y Bunderly que se unieran a la fila, y se produjeron más movimientos de cuerpos, más espacio a medida que los niños cruzaban aquellas puertas dobles y no regresaban, mientras Patrick Colson y yo permanecíamos allí, firmes e inamovibles en medio de la corriente.

Sólo podía afirmar que su rostro era realmente irritante, que su tono era arrogante y que estaba deseando demostrarle que se equivocaba.

También apestaba al mismo odio que los hombres de Scurry echaban por la boca en forma de espuma, y me dolió oírlo allí, en la ciudad, tan lejos del hollín.

—Qué va —dijo Patrick con indiferencia—. No es para mí. Soy hijo de un obrero que era el hijo de un obrero, y así sucesivamente. Estaré de nuevo en el tren antes de que anochezca, ya verás. —Su sonrisa vaciló un poco, como si de repente no estuviera tan seguro—. Y si el idium *sí* me hace efecto, entonces me negaré a tomarme otra dosis. Tendrán que enviarme a casa en algún momento. —La idea parecía consolarlo. Casi lo envidié por ello.

Entonces recordé que estaba destinada a algo más grande.

—¿Qué hay de ti? —continuó—. Supongo que rezas para entrar en esa escuela de fanfarrones.

No me gustó la forma en la que lo había dicho, como si fuera un mito en el que sólo seguían creyendo los niños ingenuos. Levanté la barbilla.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

Él esbozó una sonrisa cómplice.

—Pareces de ese tipo de chica. Un lazo en el pelo. Un alfiler en el culo. Sin interés por un día de trabajo honrado. —Sonaron como las palabras de otra persona. Palabras que se había aprendido de memoria.

Era una crítica habitual en pueblos como los nuestros. Mi padre creía que los artesanos eran perezosos e indulgentes. Hablaba de sus casas, decoraciones, agua corriente y cocinas sin madera, y sentía lástima por ellos, por que dejaban que sus cuerpos se consumieran mientras sus mentes hacían todo el trabajo. Hombres débiles. Mujeres frágiles. Una clase social entera con miedo a las manos sucias y el esfuerzo físico. Lo decía todo mientras se ponía risco en las abrasiones de la piel y se llenaba las tripas con licor.

Pensé en todos los aspectos en funcionamiento del cuerpo que Tanner había mencionado, sobre todo de los que eran responsables los artesanos: la arquitectura, la ingeniería, la innovación, el diseño y la belleza. ¿Cómo podían existir tales cosas si no había una mente que las ideara? En el mundo había más que lo que se conseguía mediante el trabajo manual y tosco. Había oído hablar sobre la gravedad del «trabajo honrado» las veces suficientes como para reconocer que aquello era lo que motivaba su expresión y el mismo tono de odio, aunque fuera prestado. Lo que significaba que ya había oído todas las versiones de lo que Patrick Colson pudiera decir después: que el gobierno de los artesanos era corrupto y que infravaloraban a los obreros, que su sueldo era un robo descarado, que las condiciones eran totalmente letales y que la influencia de la riqueza era realmente injusta.

No era que no estuviera de acuerdo. Era sólo que estaba cansada de oírlo decir sin que se hiciera nada. Me costaba simpatizar con quienes parecían regodearse en su propia miseria de un modo retorcido. Mi madre solía decir que estar abajo era una cosa, pero otra muy distinta era cavarte tu propia tumba.

—La falda me la he cosido yo —le dije a Patrick Colson—. La hice demasiado grande. ¿Sabes por qué?

Patrick me miró sin decir nada. Esperó.

Me llevé la mano al coxis y me quité el alfiler. Dejé que la falda me cayera por las caderas y revelara los pantalones que llevaba debajo, de un tejido más robusto y fruncidos en las rodillas. Después cogí la falda y desabroché la parte de atrás. Me la pasé por los hombros y metí los brazos en los agujeros de los bolsillos, hasta que las mangas integradas se dieran la vuelta. Por último, me puse el alfiler en el pelo. Pues ya estaba.

Patrick tragó saliva y sus mejillas se ruborizaron ligeramente. Habría apostado mi último centavo a que no tenía hermanas, y que era la primera vez que veía a una chica bajándose la falda.

—No voy a volver al tren, sea artesana o no —afirmé—. Me he quejado suficiente sobre la vida en los confines. No le veo sentido a lloriquear. Preferiría pensar en grandes ideas y crear algo. Y si no puedo ser artesana, entonces usaré la mente que tengo. —Enarqué las cejas a propósito—. No voy a irme a casa.

Patrick me miró sin pestañear. Observó cómo me quitaba poco a poco el abrigo improvisado y volvía a colocármelo en torno a la cintura a modo de falda. Madre mía, cuánto pesaba. Pesaba lo suficiente para las noches frías a la intemperie. Pesaba con todo lo que había logrado coser en el dobladillo.

El chico sacudió la cabeza para salir de la ensoñación.

—Pues ha sido una forma de mierda de demostrarlo —comentó.

A Patrick Colson le gustaba decir «mierda» continuamente.